LA TARDE DE LORCA

DIARIO DE AVISOS FUNDADO EN ENERO DE 1909
DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XIX | REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D, BAJO | MIERCOLES 27 ABRIL 1927 | TELÉFONO NUMERO 90 | NUMERO 4.918

GARGANTA, NARIZ, OIDO
ESPECIALISTA
DR. ANGEL ROMERO
Platería 57.-Teléfono 504.-MURCIA

MUEBLES

Sebastian Guijarro - FRENTERÍA 30 Y 31 Y REINA 8
TELÉFONO 345 - MURCIA
Grandes existencias :: Nuevas creaciones
Interesa ver precios y condiciones de esta Casa.

MURCIA

DEL MOMENTO

EL CONCIERTO DE ANOCHE

Un pianista como hay pocos

Tres años hace que la Asociación de Cultura Musical creó en Lorca una Delegación; y bien puede asegurarse, que, ni de propósito y por lo tanto preparado de antemano, se celebra mejor este tercer aniversario, que lo fué anoche con el concierto correspondiente a este mes.

Yo quisiera saber describir la profunda impresión que veía reflejada en los semblantes de cuantos asistieron al acto; yo quisiera pintar el entusiasmo manifestado por el público a la terminación de cada una de las composiciones que interpretó Loyonnet; yo quisiera transcribir los calurosos comentarios que escuché en los intervalos que mediaron entre parte y parte de las cuatro en que se dividía el Concierto, para dar una idea de la importancia del mismo, que fue sin disputa uno de los más hermosos, sino el que más, de cuantos en Lorca se han celebrado.

No sé si la Asociación de Cultura Musical, tuvo contratado antes de ahora a Loyonnet; aquí es la primera vez que ha venido, y con piedra blanca marcarán este día los socios lorquinos, por la indescriptible satisfacción que experimentaron anoche, oyendo a ese artista sobre el que hay que volcar todos los adjetivos encomiásticos de nuestro idioma.

He de ser sincero, más que apasionado; no pretendo dárme las de inteligente pero fui siempre un entusiasta de la música. Esta afición mía me llevó a oír a muchos artistas eminentes, a distintas agrupaciones musicales, que honran a España y enaltecen el arte; oí a muchos artistas de nombre, y...no encontré su fama justificada. Desde que la Asociación de Cultura Musical viene realizando la noble misión que se impuso, hemos oído en Lorca muchos conciertos verdaderamente notables: Pues bien; siendo sincero más que apasionado, habré de decir que yo no conocía el nombre de Loyonnet; que fui al concierto de anoche, más atraído por el programa que por el nombre del ejecutante, sin dudar que la Asociación, ahora como siempre, no nos enviaría un artista mediocre... Pero, ¡habíamos oído ya a pianistas tan eminentes, incluyendo a Rubinstein!

Creo que la inmensa mayoría del público, pensaba como yo.

Y en esta disposición de ánimo, Loyonnet hizo su presentación, sentándose al piano.

Al terminar el primer número del programa—«Concierto sobre temas de Vivaldi de Friedman-Bach—el público lo aplaudió con calor.—¡Es un buen pianista!—pensamos! Después, ejecutó «El ruiseñor amoroso» música de Couperin; pero al terminar el tercer número de la primera parte, es decir, la Sonata, de Scarlatti, ya no fueron aplausos calurosos, sino entusiastas; una ovación, como diría un revistero taurino. Loyonnet, tuvo que salir a escena varias veces, terminando por sentarse al piano, para tocar un nuevo número, fuera de programa. Y se repitió la ovación cada vez más entusiasta.

El público comentaba con calor la prodigiosa ejecución, la limpieza impecable, la pulsación magna, sin igual, el arte exquisito, el dominio absoluto del instrumento del que posee hasta los más reconditos secretos...

Y no había discusiones, no había disparidad de criterios; el acuerdo era unánime; la aprobación completa, general el asentimiento: Estábamos oyendo a un maestrizo, a un artista inmenso...

Fué la Sonata op. 31, de Beethoven, lo que constituyó la segun-

EL PALACIO DE LAS MEDIAS CASA DE CAYUELA

GRAN ESTABLECIMIENTO DE NOVEDADES

Inmenso surtido en **MEDIAS Y CALZETINES**, especialidad de esta Casa.

Riguroso Precio Fijo :: Todo marcado

3 FERNANDO EL SANTO 3.—LORCA

PRÓXIMA APERTURA

da parte del programa, y el triunfo del genial intérprete de la hermosísima obra, fué indescriptible.

Y así, tres horas de recordación eterna.

En los «Seis preludios» y en la Polonesa op. 22, de Chopin; «Dos historias» de Jacques Ibert; «Pascalle» de Debussy y sobre todo en los «Tres estudios transcendentales» de Liszt, el público llegó a la cumbre del entusiasmo. De pie, lanzaba bravos atronadores, y deshacíanse las manos aplaudiendo. La ovación no acababa nunca. Loyonnet, saludaba conmovido, y amable, fatigado por el trabajo y agitado por la emoción, se sentaba de nuevo al piano y hasta la respiración era contenida por los oyentes, por no turbar el silencio, rindiendo el tributo máximo a la insuperable, a la mágica interpretación del arte divino. Sólo hablaban las manos, las maravillosas manos de Loyonnet, que ya acariciaban dulces y pausadamente las teclas haciéndoles producir, vagos, imperceptibles ruidos de caricias; que ya las recorrían con rapidez vertiginosa, y eran como lluvia de perlas, como cantos de sonoras aves, aquellos sonidos; que ya se agitaban enérgicas, febriles, como garras de águila, como zarpas de fiera, multiplicándose, saltando, golpeando enloquecidas y trémulas, y eran fragores de tempestad, truenos pavorosos, rugido de huracanes... ¿son de acero los músculos de ese hombre? ¿son notas de un piano las que así suenan? A telón corrido habría que pensar que es la Sinfónica la que ejecuta el concierto. ¡Pulsación igual no la ví en ningún artista! ¡Es pulsación de ciclope!

Las ovaciones eran estallidos de entusiasmo. Mayores no las recibió ningún artista en Lorca.

Con verdadera satisfacción se oíría de nuevo en nuestra Ciudad al eminente Loyonnet.

JUAN DEL PUEBLO

PARA «LA TARDE»

OBSERVACIONES

Primavera en mi calle

Fronte a mi casa hay una tienda de esas donde se alquilan organillos. He visto muchas veces a los obreros maniobrando en los jaraneros instrumentos, vestidos con blusas azules, con mandiles largos, las manos sucias. Tienen los pianillos en esquelito, mostrando las débiles costillas de los martillos que perezosamente los alambres en tensión «haciendo» la música. Por el suelo hay siempre dos o tres cilindros marcados, erizados, mejor, de mil puas colocadas con rara simetría, música escrita sobre madera.

Durante el invierno, nadie se enteraba en el barrio de que existe tal tienda. Con las ventanas cerradas no puede oírse el murmullo gárrulo de los organillos; también en esa época es menor su trabajo. De vez en vez, sólo penetra por las rendijas la voz rápida del piano como un grito

de discordia. Nos parece raro, porque aún no estamos habituados a oírle.

Pero en cuanto llega la primavera ya están cantando el día entero, sin parar, sin cansarse. Es el primer murmullo de la primavera; empieza a hacer calor, se aclara el cielo y en seguida, al abrir las ventanas, surge la voz chillona del organillo como un saludo riente y populachero a la estación que nace.

Los obreros, de azul, como siempre, comienzan a probar las piezas de moda, el último cuplé de la ostrella más popular, la canción de la última zarzuela, el último «fox» que se trasplanta de los salones cerrados de los bailes de invierno, al paraje lejano de las afueras, donde se baila cuando hace calor. Las modistillas del obrador de al lado lo oyen embelesadas, risueñas, con las mejillas coloreadas del carmín de la primavera y del que compran al perfumista, pensando ya en cuando van a «marcarse» el baile de moda con el charrán que las camela, soñando con el domingo próximo, con la libertad apetecida del único día que no tienen que ir al taller.

Pero lo más característico que tiene el ensayo musical es lo incongruente que a veces resultan las notas. Se arranca el pianillo, como un cantador que entona en propio estilo la copla, con un resuello que desgarraveloz el silencio; sigue luego con más suavidad los acordes castizos y cuando ya camina por terreno seguro, con aires de triunfador, se para de pronto, estrangulando el último grito. Es el obrero que ha encontrado una falta, imperceptible al oído profano. Después, vuelta a empezar, hasta el obstáculo. Y así cuatro o seis veces, hasta que una, arranca con más brío y, libre ya de trabas, llega al final y entonces expira por voluntad propia, es decir, por acabamiento.

Después de estas sesiones probatorias en que los sonidos parecen danzar locamente por el espacio, veo salir de la tienda un hombrecito pequeño y viejo delgaducho, con barba gris sin cortar en un mes, encorvado, pero con una risilla simpática en el rostro arrugado. Es el afinador. El aristócrata del oficio: este no lleva blusa azul, ni mandil.

Los domingos hay gran movimiento en la tienda. A cada momento sale el carrillo, anatómico, casi etéreo, cargado con un armatoste dispuesto a repetir cientos de veces la musicilla popular que encierra en su caja barnizada. Cuando yo era niño creía que el carrillo estaba adherido al piano: mi imaginación infantil no concebía cosa tan chistosa, con tan poca presentación si se halla solo, y todavía, si veo volver a uno de los mozos de la tienda empujando el carro me parece que es un cacho que le han arrancado al organillo.

Poco a poco, va quedando la tienda vacía. Uno tras otro van los pianos saliendo de ella, saltando sobre las piedras de la calle, a suministrar la alegría dominguera, a echar el resto, pero valientes, sin pararse ridículos como en el taller. El pianillo va en éxodo a cumplir una misión social: la de divertir a los que le esperan. Y un poco vencido, vuelve de noche, más lento que al salir, ronco, cansino. Aun salta sobre las piedras puntiagudas de la calle, pero ahora produce un ruido sordo, tético. El pianillo, con la juerga constante de la tarde de fiesta, se ha encanallado un poco.

Llega la primavera: brilla el sol, el cielo es añil puro, cantan tan los pajarillos en las ramas nuevas, y el piano bullanguero, chillón, la recibe, cuando abro las ventanas, como todos los acarcajadas.

RICARDO CHARLÁN